



**Juan Soria**

**LO DECIDIÓ  
EL DESTINO**

*La sorprendente historia de dos enamorados  
fugados de Auschwitz*

# Lo decidió el destino

La sorprendente historia de dos enamorados fugados de  
Auschwitz

He de reconocer con rotundidad que su irrupción en mi vida fue de lo más oportuna. Compartió poco más de un dos por ciento de mi existencia, pero fue suficiente para que mi vida diese un cambio radical.

Cuando esa chica apareció en la fila me dolía la mano de firmar dedicatorias y el alma empezaba a flaquear ante tanta foto en la que tuve que posar. Había acudido mucha más gente de la esperada y, a pesar de la alegría que produce comprobar que tu última novela está siendo un éxito, la verdad es que a esas horas el cuerpo ya había desconectado de la mente casi por completo.

Le eché por encima unos veintitrés. Era alta y un pelín desgarbada. No era guapa, tampoco fea. Sin llegar a poderse sospechar que fuese anoréxica, lo cierto es que era una chica bastante delgada. Lo que más sorprendía de ella era su simpatía contagiosa. No dejaba de moverse en el fondo de la fila, parecía nerviosa. Daba un paso a la izquierda y me lanzaba una sonrisa, tuve la impresión de que se insinuaba. Me di cuenta que no avanzaba en la cola, dejaba pasar a todo el que llegaba. Deduje que era una de esas estudiantes descaradas que intentan ligar con el primer madero con canas que se les ponen a tiro. Si he de ser sincero empezó a parecerme una persona un tanto casquivana.

Pero la fortuna actúa de forma imprevisible.

Cuando la hilera se disolvió y se acercaba hacia mí sin mover ni un solo músculo y con los ojos destellantes tuve la impresión de que buscaba una presa. De cerca ya me pareció otra cosa, esa es la verdad. Sin poder etiquetarla como una *pivona* me pareció una chica resultona y con el atractivo de una simpatía contagiosa. Venía sin maquillar, con el pelo algo descuidado y vestía sin pretensiones. Una camiseta de tirantes azul claro dejaba a la vista unos largos y musculados brazos. Unos ajustados pantalones blancos marcaba dos largas piernas bien contorneadas. Le pregun-

té el nombre y me respondió que se llamaba Olga. Escribí la dedicatoria debajo del título y le devolví el ejemplar.

—He leído todas tus novelas y te he elegido a ti porque creo que tu estilo está muy acorde con lo que te voy a proponer.

Me sorprendió. He de reconocer que en ese momento quedé embriagado por el tono de sus palabras. Lo dijo con esa típica inflexión de voz arrulladora con el que las sirenas encandilan a quien los escucha. Sacó de una bolsa una carpeta y la depositó sobre la mesa. Era de solapas, muy vieja, contenía un buen taco de folios amarillentos. La hora de cierre estaba sobrepasada con creces y en la librería solo quedábamos el librero y nosotros dos.

—Creo que lo mejor es que me cuentes lo que sea de camino a la estación del Metro, hemos rebasado la hora de cierre con mucho y el dueño tiene que cerrar.

Le di las gracias al señor por todo y nos marchamos a la calle. Al salir recibí una enorme bofetada de calor. Aunque estábamos en la primera semana del mes de julio, el sol había apretado mucho en la acera donde estaba situada la librería. El sudor no tardó en encharcar mi espalda y la camisa se pegó a mi piel. Olga sacó del bolsillo del pantalón unas llaves y se agachó para soltar la bicicleta que tenía amarrada en una farola. De espaldas a mí y en cuclillas dejó al descubierto sin importarle mucho una buena parte de las nalgas. Por debajo del tanga aprecié una exquisita ración de mojama de la buena. Depositó la carpeta en el transportín y marchamos hacia la boca del metro. Propuso que nos sentáramos en una terraza para contarme tranquilamente el asunto que se traía entre manos:

—¿Adónde te apetece que nos sentemos para explicarte de qué va esto?

—Me vas a disculpar, pero mi mujer me está esperando. Esta misma tarde marchamos a los Pirineos.

No fue una disculpa para quitármela de encima, la relación con mi mujer no pasaba por sus mejores momentos y

habíamos decidido hacer un viaje y compartir alguna afición en común. De todas formas nos sentamos en un banco de la Castellana.

Como si le fuera la vida en ello sacó los folios de la carpeta sin demora alguna. Serían unos ochenta, escritos por una sola cara, llenos de tachaduras que echaban un olor a añejo que tiraba para atrás.

—¿De dónde has sacado esta reliquia?

—Me lo dio Nicolai. Un amiguete polaco con derecho a roce que conocí hace unos cinco años.

Hice un ligero escrutinio de los folios mientras la escuchaba. Más que por el interés que me suscitaron lo hice por no decepcionarla. Creí entender que era el boceto de una novela que supuestamente me tocaba a mí desarrollar.

—Y del autor del boceto..., ¿qué me puedes contar?

—Es el abuelo de Nicolai, un tal Patryk.

—¿Vive?

—Sí, debe tener unos ochenta.

Viendo que ponía toda la carne en el asador para colocar la novela seguí indagando entre los papeles mientras respondía a las preguntas.

—¿Se puede saber qué interés tienes en que sea precisamente yo quien desarrolle el boceto?

—Ya te he dicho que soy una gran lectora de tus novelas, me mola mucho la forma en que cuentas las cosas. Creo que eres muy bueno escribiendo y me parece que puedes conseguir una buena obra si te decides a...

—¿Qué ha sido de ese tal Nicolai?

—Le fue mal. Empezó trabajando de camarero en un bar de copas. Le tomó gustillo a la noche madrileña y se flipó con la droga. No tardaron en echarlo del trabajo. Empezó pidiéndome dinero para comprar la coca, cuando me negué a darle más se dedicó a hacer el gamba.

—Ese «hacer el gamba» en qué se traduce en concreto.

—Atracar. Cuando se dio cuenta de que la policía le pisaba los talones regresó a Polonia.

—¿Vivía contigo?

—Sí. Fui yo quien le aconsejó que se marchara de España. Lo hizo con tanta precipitación que se dejó la carpeta en mi casa.

—¿Has leído estos papeles?

—Pues claro. Me parece una historia *súper bonita*.

Con el ruido del tráfico de fondo nos llegó los acordes de un violinista que amenizaba la terraza de un restaurante próximo. Interpretaba una bella canción de Albinoni. Miré el reloj, se había hecho tardísimo.

—Perdona. Se me ha hecho muy tarde. Me resulta imposible seguir contigo. Vamos a hacer una cosa, me das tu teléfono y a la vuelta me pongo en contacto contigo para que me hagas llegar la carpeta.

—Prefiero que te la quedes ahora mismo.

Me lo puso tan fácil que no me pude negar. Me pareció raro la confianza que depositó en mí, pero he de reconocer que me agradó. Nos despedimos. Se montó en la bicicleta y se marchó. Me quedé mirándola hasta que se diluyó entre el tráfico de la Castellana.

A la vuelta del viaje decidimos separarnos. En aquel momento pensamos que lo más inteligente que podíamos hacer era darnos un respiro y recuperar nuestra libertad. Obviamente, a tenor de los resultados, lo del viaje no fue una buena idea. Ante tanto reproche como recibía a diario, fui yo quien la persuadió para que nos diéramos el gustazo juntos y marcháramos a los Pirineos. Tenía muchas esperanzas puestas en ese viaje y es que en mi alma y en mi memoria siempre estarán presentes aquellos tiempos de nuestros primeros escauceos amorosos en que solo pensábamos en comernos el mundo. Pasamos momentos muy dulces. Nuestra felicidad fue sincera, nada podía considerarse como un exceso de juventud. Le dije que deberíamos esforzarnos por intentar recuperar aquellas sensaciones. Nada de eso ocurrió ni por asomo. Creo que faltó actitud. Hici-

mos la reserva en un hotel familiar en el centro de Viella, en el corazón del valle de Arán; no encontré otro lugar más tranquilo y más acogedor al mismo tiempo. Los tres primeros días nos levantamos tan tarde como pedía el cuerpo. Tras el desayuno dábamos un paseo por el pueblo e inexorablemente nuestros pies nos conducían a una tienda. De allí, cuando llegaba la hora del cierre, marchábamos a tomar una cerveza y comíamos. Por la tarde no podía faltar la siesta para reanudar la marcha de tiendas y escaparates. Aguanté los tres días de marras y le hice ver que si queríamos encontrar una oportunidad que nos redimiera de nuestros errores pasaba por hacer cosas diferentes que nos satisficiera a los dos. Cuando le propuse hacer una senda todo fueron problemas. Que no tenía calzado adecuado, que había muchas cuestas, que había mosquitos... La llevé a una tienda y a regañadientes le compré unas botas de montaña y dos bastones. Me costaron exactamente trescientos veintiséis euros con treinta y cinco céntimos —puedo precisar su precio porque tengo la factura en mi mano—. A la mañana siguiente nos levantamos temprano —concretamente a las nueve y media, que tampoco es para sentirse demasiado orgulloso— y encaminamos los pasos hacia el río. En el momento en que salimos del pueblo y se empinó el camino recibí el primer ¡puf! No habríamos recorrido ni cien metros y su cara estaba congestionada, incandescente, a punto de combustión. Se quejó de los mosquitos, de las abejas y de todo lo que se movía incluida las ramas de los árboles. Retrocedimos y no volví a hacer otra propuesta. El viaje no sirvió para otra cosa que lanzarnos todo tipo de improperios y de reproches. Salió a colación que mi vida solo giraba en torno a la literatura, que ella tenía más vida con su madre que conmigo, que no era capaz de renunciar a nada para salvar el matrimonio...

Tomada la decisión de dejar de vivir absurdamente bajo el mismo techo tuvimos que darle las explicaciones oportunas a nuestra hija Ana. Las lágrimas le corrían hasta el cue-

llo. Que somos un par de egoístas, que no habíamos pensado en ella, que era una auténtica desgraciada, fueron unas de las muchas frases con que nos reprochó la conducta. A pesar de su recién estrenada mayoría de edad, no entendió la determinación que tomamos, tuvo una crisis histérica y tuvimos que buscarle un psicólogo. Resolvimos que Sandra —mi ex— se quedaría con el piso y me haría cargo de los gastos de nuestra hija. Salvadas las adherencias al conflicto, dado que me quedé con la maleta en la puerta, me dediqué a la búsqueda de un lugar donde vivir. Le conté lo ocurrido a mi agente literaria y se puso manos a la obra para buscarme un lugar donde me pudiese concentrar con mi próxima novela. Cinco días después estaba viviendo en un estudio a estrenar en una calle cercana al retiro. Realmente era un ático de cuarenta y cinco metros cuadrados con una terraza de veinte, muy luminoso y tranquilo. Teniendo en cuenta que tenía garaje y que los muebles eran de lujo no resultaba muy oneroso los novecientos euros en que se negoció. Era realmente el lugar que necesitaba para trabajar. La escasez de muebles y el blanco de las paredes y del mobiliario lo hacía amplio a pesar de la escasez de superficie. La luz irrumpía en él de forma tan violenta que daba la impresión de producirse una explosión cada mañana. Me encontraba muy a gusto en él. Los tabiques simulaban la cáscara de un huevo tras los que me sentía seguro. Fue mi protección, mi frontera, mi segunda piel.

El verano daba sus últimas boqueadas y septiembre acababa de enseñar los dientes. Los primeros días tras la separación tenía que sacar tiempo de debajo de las piedras para ordenar la casa y mi vida. Al fin y al cabo no dejaba de ser una mudanza lo que tuve que hacer. No solo cambié las cuatro paredes y el techo que me daban la sensación de seguridad necesaria, cambié mi alma, mi mente, mi espíritu. Que se abría la posibilidad de iniciar nuevos momentos en mi nueva vida era evidente, pero también me di cuenta



lo que significaba estar el uno sin el otro. Aprendí lo que era la soledad no elegida. Me vi a mi mismo distinto, sentí que vivía en la triste clandestinidad. No había otra que adaptarme a la nueva situación, y lo tenía que hacer rápido. He de reconocer que extrañé algo a mi ex —¡qué raro me resultaba referirme a ella de esta forma—, pero solo por la persona que creí que era, no por el ser en que se convirtió. Cierto es que tenía la posibilidad de saltarme cualquier tipo de reglas que antes eran de obligado cumplimiento, cierto era también que me daba algún capricho más de los acostumbrados y de que nadie me pedía que le rindiera cuentas. Pero había que admitir la pura realidad, estaba solo. Pensé que era la penitencia que me tocaba purgar por no haber sabido respetar las ataduras que me correspondían. Me encontraba solo en casa preparando un viaje de promoción de mi novela. Según mi agenda, tenía que estar en el centro de Burgos a las siete y media de la tarde, lo cual quería decir que no iniciaría el regreso hasta las diez o diez y media por lo menos. Contemplé la posibilidad de hacer noche, pero desestimé la idea ya que supuse que no pocos desconocidos iban a ser los que quisieran cenar y dar un garbeo por la ciudad y, sin ánimo de menospreciar a nadie, no estaba por la labor de meterme en la cama de madrugada. Los tiempos de autodestrucción nocturna ya se habían acabado hacía tiempo para mí.

Entregado a mis propios pensamientos, sentí un ataque de nostalgia y decidí llamar a mi hija antes de irme a la cama:

—Hola papi, ¿qué tal estás?

Su voz denotaba gran animosidad, tenía tanta musicalidad como el canto de un jilguero. Sin duda alguna el psicólogo se había empleado a fondo.

—Muy bien. Vosotras, a tenor de lo poco que os acordáis de mí, seguro que también.

—Esa que suena en tu tocadiscos es Nina Simone.

—Veo que mis lecciones de música no han caído en saco roto.

—Su voz es inconfundible. Por cierto, hay que ver cómo eres, no has dejado ni un solo disco en casa.

Nunca la vi poner uno en el tocadiscos. Fue en ese momento cuando me di cuenta que empezaba a pasar de niña a mujer.

—De ópera no me he traído ninguno, solo he cogido los discos de yazz, pero si estás muy interesada en ellos los puedo devolver.

—No hace falta, cuando necesite escuchar música te haré una visita. Bueno, quiero decir si no te importa.

Fue admirable para mí comprobar que mi hija había recuperado la guasa con que solía envolver las palabras. De todas formas me puse en guardia, la ironía de mi hija solía intimidarme.

—Cómo quieres que me importe...

—Me refería a que podías haberte echado una novia o algo así.

—No tengo más ataduras que la literatura. Es mi única cárcel. Solo tengo facilidad para seducir a mis lectores.

La cogí parlanchina y dicharachera. Debían ser sus horas altas. Me dijo que se había puesto en contacto con una ONG y muchos días iba a hacer compañía a personas que viven solas. «No te puedes imaginar la capacidad de adaptación del ser humano ante el sufrimiento», me dijo. Estaba entusiasmada porque le faltaban tres días para empezar sus estudios universitarios. Cuando le dije que las llamaba para avisarles que al día siguiente iba a Burgos contestó:

—¡Qué guay!

—¿Quieres acompañarme?

Una sombra de silencio se cruzó entre nosotros. Imaginé que había cubierto el auricular con la mano para consultar a su madre. En seguida se recuperó la comunicación y volví a sentir la alegría en su voz.

—¿Cuándo regresas?

—Por la noche. Es un viaje relámpago.

—Bueno..., voy a hacer una cosa..., lo pensaré despacio y si me decido voy a tu casa. ¿A qué hora piensas salir?

—Si te decides vente a comer conmigo. Tenía pensado salir después de comer.

De haber sospechado lo que nos sucedió en Burgos, no la hubiese invitado. Lo cierto es que a las dos menos diez sonó el videoteléfono. Era ella. Entró en el piso y nos limitamos a observarnos mutuamente antes de besarnos. Cuando acabamos miró hasta donde su vista alcanzó con aire curioso y soltó:

—Es pequeño, pero coqueto y está puesto todo con mucho gusto.

—Es el estrecho espacio que necesita mi intimidad.

—Y lo tienes ordenado y muy limpio.

—Pues apenas hago limpieza. Simplemente procuro no ensuciar ni descolocar.

A las tres menos cuarto teníamos los espárragos y el rodaballo encima de la mesa. Me había esmerado poco en la cocina, ya lo sé, pero tanto la verdura como el pescado eran primeras calidades. Cuando acabamos el primer plato, Ana encendió la tele. Quedamos consternados. El telediario abrió con la imagen de un avión empotrado en una de las torres del World Trade Center. Uno piensa que era una de esas noticias que nunca se podrían producir. Incluso en un principio llegué a pensar que sería un montaje para alguna de esas películas catastrofistas. Al ver que el asunto iba en serio supuse que sería algún despistado que empotró su avioneta sin darse cuenta. Estando en estas disquisiciones, en directo, otro avión de pasajeros se estrelló contra la otra torre.

El altar de las certezas se deshizo a nuestros pies.

El ser humano es un ser impredecible: es capaz de lo mejor y de lo peor al mismo tiempo.

El rodaballo se había quedado frío.

Con la angustia y el abatimiento que nos había producido la noticia salimos del garaje a las cuatro en punto bajo un cielo azul intenso que se colaba a duras penas entre la rojiza hojarasca de un pruno. No quisimos encender la radio. Con cara de «este mundo es una mierda» a Ana le había cambiado el ánimo, se tornó triste.

—Ni tú ni yo podemos hacer nada concerniente a este asunto. Si no tenemos herramientas para resolverlo quiere decir que no es nuestro problema.

Me miró intensamente y me dio miedo.

—Sé que no está en mi mano resolverlo, pero me afecta. Además, no es solo ese el problema. Es también vuestra separación. No llego a entender cómo... El mundo parece que conspira contra mí.

No esperaba que se dejara escurrir por esa pendiente. De momento no respondí, me faltaron fuerzas. Dejé que se enfriaran las hormonas y le expliqué que lo nuestro fue imposible resolverlo. Sin entrar en profundidades, dado que me culpabilizaba, le hice ver que si dejé mi trabajo y me dediqué a escribir en exclusiva era porque necesitaba sentir pasión por lo que hacía.

—Tu madre nunca llegó a entenderlo. No encontramos ningún hobby que nos mantuviera unidos. Si a ella le gustaba el teatro, a mí el cine, si a ella la ópera, a mí el yazz...

—Pues veo difícil que se fusionen esos dos géneros musicales.

Llegamos a Burgos casi con el tiempo justo. Apenas tuvimos tiempo para encontrar un garaje y dar un pequeño paseo por el centro. Si el viaje había levantado el ánimo de Ana, todo se vino al traste cuando vimos el derrumbe de las dos torres en un escaparate. De no haberlo visto nunca hubiese podido creer que un edificio tan sólido pudiera desplomarse como un castillo de naipes.

Las cosas no fueron mejor en la presentación. Cuando llegamos estaba la sala llena. Tuvieron que colocar tantas sillas de tijera en los pasillos que a duras penas pudimos

llegar hasta la mesa que colocaron al fondo y desde la que teníamos que hablar los oradores. Respecto a la asistencia, pues, no hubo ningún problema. Ya en la puerta, y esto le causó una enorme sensación a mi hija, un cartel que ocupaba medio cristal del escaparate con mi fotografía de medio cuerpo, el título de la obra y mi nombre —Pablo Herrero— en letras grandes anunciaba el acto. El presentador fue un catedrático de literatura muy relacionado con la cultura que se mostró muy generoso en sus apreciaciones. Todo hubiera sido una noche redonda si no hubieran irrumpido en la sala cuatro encapuchados lanzando improperios cuando tomé la palabra. Mi novela «Ruido inútil» tenía como telón de fondo la pugna por la independencia en el país vasco; algo en lo que, según los radicales violentos vascos, no nos podemos meter quienes no hemos nacido allí. Trataba en concreto sobre la convivencia de dos familias en un pueblo de Euskadi, dos familias que habiendo sido amigas de toda la vida acaban odiándose por el veneno inoculado en el cerebro de una de ellas. Todo ocurrió muy rápido. Entraron gritando y lanzando octavillas al aire. Se dirigieron hacia mí con insultos y amenazas de muerte. Uno de ellos incluso me lanzó un torpe puñetazo que pude esquivar con solo inclinarme suavemente hacia atrás. Aun así, recibí una enorme sacudida espasmódica. Sentí ante mí un muro de oscuridad. No solo tuve miedo por mi integridad física, al otro lado de ese muro estaba mi hija sentada en la primera fila. La miré. Estaba como un flan. Le hice una seña con la intención de tranquilizarla, pero su cara reflejaba angustia. Fui capaz de meterme en su piel y supe que estaba conmovida. El público se percató de la situación embarazosa en la que me encontraba. Se puso en pie y me dedicó un efusivo aplauso a la vez que recriminó la conducta de los encapuchados. Cuando se hartaron de hacer el café, los niños salieron corriendo y desaparecieron hacia el río. Mi hija vino hacia mí llorando y me dio un abrazo que hizo que sonara en la sala otro estruendoso aplauso. Me tranquilicé y como

pude hice la exposición de mi novela que, a mi juicio, quedó algo deslavazada. Pero, para hacer honor a la verdad, he de decir que nunca había firmado tantos ejemplares como aquella noche. Aunque se hizo muy tarde y nos insistieron mucho en que hiciésemos noche en Burgos, salimos pitando de allí en cuanto firmé la última dedicatoria.

Cuando nos alejamos unos kilómetros de la ciudad fue como si nos hubiéramos quitado una montaña sobre los hombros.

—Lo que te han hecho esos chicos me parece imperdonable —dijo Ana con tono afligido.

—Pues yo los he perdonado ya.

Se quedó en silencio y me miró fijamente. Creo que no se esperaba la respuesta.

—El perdón es un don que te concedes a ti mismo. Odiar es una forma de auto maltrato. Si lo piensas bien, la persona odiada ni siquiera llega a enterarse —aclaré.

Animado por el volumen de ventas, que llegó a incrementarse de forma exponencial, me metí de lleno con mi siguiente novela y pasaron los primeros días casi sin darme cuenta de que el planeta seguía girando sobre su propio eje. La amenaza de la librería en Burgos saltó a los medios locales e incluso a algunos nacionales. Me entrevistaron varias emisoras de radio y las imágenes que recogió una cámara que había en el local se utilizaron en algún programa televisivo. Con lo que cuesta convencer a un lector para que sea tu novela la escogida, ni en los mejores sueños podía suponer que llovería tal demanda de peticiones. Esos cuatro chicos me abrieron sin querer la puerta del éxito. En cuanto se percataron del volumen de ventas mi editor y mi agente literaria, empezaron a lloverme e-mails y llamadas. El editor, que parecía que me había otorgado la condición de escritor VIP, me alentaba para que entregara la próxima novela cuanto antes. Tanto una como el otro parecían haberse confabulado para impedir que durmiera la siesta des-

pués de comer. Cogieron la hora y llamaban justo en el momento en que empezaba a confundir lo onírico con lo real. Llegué a referirme a ellos con el epíteto de «Ladrones de sueños». Dadas las circunstancias, me entregué por completo a la escritura de la siguiente obra que tenía programada. Me decidí por fin a hincarle el diente a la novela negra. No es que tuviera un gran entusiasmo por ella, pero se multiplicaban los festivales del género por todas partes y pensé que podría ser un salto hacia delante en mi carrera literaria. Tenía que compartir el tiempo con las presentaciones de mis novelas. Fueron tantas las invitaciones que tuve en toda España que no es exagerado decir que más de la mitad de la obra fue escrita en el tren. Mi mesa de trabajo la tenía tan llena de post-it que tuve que hacerme de una agenda para organizarme y que no pareciera mi casa el cuarto del chico de los recados.

En tantos lugares reclamaron mi presencia que me resultaba imposible complacer a todos y la editorial tuvo que priorizar la demanda. En algunas ocasiones la solicitud era en la capital o en algún pueblo de las cercanías; lo cual se agradecía ya que esos días podía dedicar más tiempo a escribir. La noche que tuve que ir a presentar «Ruido inútil» a Getafe me cogió con alguna experiencia a la espalda. Había aprendido a zafarme de las invitaciones post función. El acto estaba programado al anochecer en una sala de teatro cercana al Ayuntamiento. El aspecto de la sala era lóbrego. Desprendía un aroma húmedo, signo inequívoco de que ya tenía sus años. Era tan antiguo el local que la parte superior estaba de obras en un intento de que no se vinieran abajo los palcos.

Acostumbro a llegar con los suficientes minutos de antelación por si es necesario consensuar algo con los participantes, pero esa noche el comienzo se alargó más de lo debido. Estaba previsto que hiciera la presentación el alcalde y, por lo visto, la tenía que compatibilizar con no sé qué otro acto —ya se sabe: esa manía de los políticos de querer